

Estany, A. y Gensollen, M. (Ed.). (2018). *Democracia y Conocimiento*. Aguascalientes: UAB-
UAA-IMAC

Cantaba Paco Ibáñez las siguientes palabras de Gabriel Celaya, denunciando la injusticia del *arte por el arte*:

“Maldigo la poesía concebida como un lujo
cultural por los neutrales
que, lavándose las manos, se desentienden y evaden.

Maldigo la poesía de quien no toma partido hasta mancharse.”

Del mismo modo, *el saber por el saber* no debiera ser toda la actividad intelectual, sino el punto y final de un tipo de reflexión. Pensar y hacer lo contrario es una falta contra la sociedad que ha permitido que ciertos individuos hayan podido dedicar sus vidas a cultivar y especializar su espíritu. Cuando tales desvinculaciones vienen de un desencanto social, el acto cínico deviene crítica política pero, cuando se produce por mor de la especialización y la demanda de producción social, entonces el intelectual deja de serlo y pasa a ser cómplice. Por eso, decía Dante “coloro / che visser sanza 'nfamia e sanza lodo” (Inf. III 35-36). Si esto es grave en cualquier disciplina, en humanidades es una trasgresión y, en filosofía, un suicidio; pues sin la preocupación social, el espíritu crítico deviene técnica al servicio del Estado.

Este libro es, en sí mismo, una crítica a esta realidad académica. La pandemia del olvido histórico y el auge de violencia institucional han propiciado que este trabajo haya surgido entre dos países que comparten más que lágrimas de las consecuencias de la pérdida de la libertad. En sus páginas se hace aquí un grito de atención, para que los supuestos intelectuales empiecen a serlo de verdad. Con esta demanda empieza el prólogo, radiografiando la realidad del proceso de especialización que ha sufrido la filosofía -analítica-, en la que el filósofo elabora un tipo de trabajo híbrido que oscila entre la profesionalización de los estudiantes y la fabricación de utensilios de precisión. Esta perversión del propósito pedagógico y crítico de la filosofía se manifiesta, por ejemplo, en cada uno de los objetivos burocráticos que se piden para que uno pueda ganarse el jornal.

Esta exigencia que se traduce en precariedad por la supervivencia, junto a la necesidad de parecer productivos ante un sistema que quiere substituir la filosofía por ética ciudadana o religión -católica- obligatoria, no permite al filósofo analizar los problemas de la sociedad. Así pues, como parte del problema y sin espíritu crítico, la filosofía se ha convertido en un producto a la venta, de dudoso valor. Y a causa de esto, ésta nunca ha sido más necesaria que ahora. Actualmente estamos viviendo el renacer de un nuevo radicalismo político, en el que las viejas ideas y discursos se escudan en la posverdad. En un momento en que la deliberación es una carrera de obstáculos en la que incluso los medios de comunicación nos ponen la zancadilla con mentiras, es necesario el pensamiento crítico.

A lo largo de los doce capítulos, junto con el fantástico prólogo a cargo de Luis Xavier López Farjeat, la introducción realizada por los compiladores y el más que acertado epílogo de Emilio Lledó, se le plantea al lector una idea que ya suena solamente como un eco: la democracia no es solamente una forma de gobierno que el pueblo escoge. Esta idea se analiza desde dos prismas, los cuales permites dividir el libro, virtualmente, en dos partes, a saber, la primera como un análisis de la democracia desde el conocimiento filosófico y, la segunda, un análisis del conocimiento filosófico para una democracia.

La democracia se manifiesta en las acciones de los ciudadanos y, por ende, de sus representantes. Como un quehacer social que es, la acción democrática es aquella que busca el equilibrio entre el individuo y el colectivo. Por eso, solamente con *elegir* no hay democracia,

pues es necesario algo más que el simple peso de la mayoría ganadora sobre la minoría perdedora; algo más que las campañas electorales, llenas de patrañas con el único objetivo populista de conseguir votos -libremente otorgados-, a saber, que la mayoría, la voluntad general, respete y busque el bienestar de todos los ciudadanos.

No obstante, para ser libre hay que poder elegir y, para hacerlo, es menester saber. Esta serie de conjunciones es lo que nos hace iguales, valor ilustrado que, tal y como analiza Victoria Camps en su capítulo, actualmente parece desvirtuado mediante diferentes desigualdades económicas y/o regionales. Esta es una cuestión social en la que el filósofo puede dar un análisis desde la perspectiva del razonamiento crítico pues, como nos muestra Alejandro Mosqueda, no hay solamente un modelo de democracia y, por ende, hay diferentes formas de llegar a ella y el pueblo necesita saberlas o conocerlas. Diferentes modelos teóricos y diferentes circunstancias que requieren reflexión, como bien hace Pau Luque cuando analiza la idea clásica de la democracia ante el hecho de la globalización, o la reflexión de Claudia Galindo alrededor del significado de “sociedad” ante la inmigración mediante el concepto de *fraternidad*.

Como he dicho, es importante volver y analizar las ideas que han configurado nuestra tradición democrática que, más allá de compartir la etimología, no se remonta a las pequeñas *πόλις* griegas, sino a la redefinición de Europa a través de las ideas que propiciaron el *Siglo de las Luces*. Por eso, Àngel Puyol ofrece un análisis de esta fraternidad, arriba mencionada, con el objetivo de mostrar su posibilidad y ventajas, esto es, los beneficios de fomentar un vínculo por el que todos nos consideremos iguales en derechos y obligaciones. No obstante, esta reflexión no puede desvincularse de los errores del pasado de, por ejemplo, la idea de progreso o de los riesgos de los valores éticos que han perdurado e impregnado nuestra cosmovisión. Esta es la idea de Jordi Vallverdú, cuando analiza las consecuencias de la deontología kantiana en el paradigma del nazismo. Estos errores forman parte también de la situación actual y de la desafección hacia la democracia, así como un incremento del individualismo, que tan perfectamente fotografían y analizan Mario Gensollen y Víctor Hugo Salazar.

El otro enfoque del libro se centra en analizar el peso del conocimiento para poder tener y mantener una democracia. Esto es un paso más hacia emancipación del pueblo a través del saber, pues es también poner al servicio de la sociedad las herramientas teóricas para desarrollar la práctica libre que caracteriza la base de una democracia. En este sentido, es muy interesante el capítulo de Marc Jiménez Rolland, en el que argumenta que la democracia es el mejor sistema epistémico, en el sentido de que es el más óptimo para incrementar el conocimiento. Esto lo enfoca desde la decisión colectiva, la cual, desde un sistema democrático, es más efectiva porque permite la inclusión equitativa de diferentes discursos. Esto es así porque la justificación epistémica se entiende como deliberación. Desde esta base, es interesante el análisis práctico que realiza Armando Cíntora G. sobre las bases de justificación de la democracia liberal contemporánea.

Estas cuestiones obligan a replantear conceptos que ya se han usado a lo largo de la historia de la filosofía, pero enfocados hacia la realidad actual. En este sentido es insuperable el análisis de Ana Cuevas sobre la *deliberación* de Jürgen Habermas bajo el foco del pragmatismo de John Dewey. El pragmatismo es hoy en día una filosofía que empieza a revalorizarse en Europa, hecho que no es baladí y necesita de reflexión ante la caída de los grandes sistemas de valores. Otro aspecto importante del pragmatismo está en la importancia que están adquiriendo otras ciencias, esto es, otros discursos, los cuales necesitan su espacio en la sociedad. Un ejemplo son las ciencias del diseño, que Anna Estany usa de forma inteligente en su capítulo, y lo lleva más allá de la filosofía de la ciencia, la epistemología y las ciencias cognitivas, mediante el análisis del saber entendido como una red social que se ha de diseñar

teniendo en cuenta los intereses sociales. Un ejercicio similar es el de David Casacuberta, quien lleva a la reflexión política el enactivismo, en el sentido de que toda práctica es, a la postre, un acto social.

En definitiva, nos encontramos ante una pieza de reflexión filosófica rigurosa y bien articulada con la que el lector puede abordar rápidamente los problemas contemporáneos más urgentes de nuestro presente, analizados con el espíritu crítico que nuestra sociedad necesita. La filosofía nace de la reflexión en sociedad para intentar hacer un mundo mejor y este libro así lo demuestra. Solamente por esto, ya vale la pena.

Alger Sans Pinillos
Universitat Autònoma de Barcelona